

LA ORFEBRERÍA EN LA COMPOSICIÓN Y REDACCIÓN DE "EL QUIJOTE"

POR F. TOMÁS Y ESTRUCH — (Continuación).

Este, y sus colegas, sin excepción del mismísimo Sancho, como hijos de tiempos más adelantados, dan frecuente satisfacción al órgano rinal. Cuando don Fernando, disfrazado de demonio, ayuda al enjaulamiento y restitución caritativa de Don Quijote á su hogar; Sancho, malicioso, como buen rústico, le dice á su amo: «Par Dios, señor... este diablo que aquí anda tan solícito, es rollizo de carnes, y tiene otra propiedad muy diferente de lo que yo he oído decir que tienen los demonios; porque, según se dice, todos huelen á piedra azufre y á otros malos olores, pero, éste, huele á ámbar á media legua...» Por maleficio del demonio verdadero, tiene esto Don Quijote, seguro de que, don Fernando, es espíritu infernal, y no galante caballero, de cuyas armas, joyas y guantes, salga tan excelente olor. Estos guantes perfumados, muy perfumados, (con apéndices á veces de joyería), causa de gran comercio de España, — donde se fabricaban — con el extranjero, solían ser — del mismo modo que los guadamaciles para tapizado, — obra preferente de nuestros moriscos, y á ellos se alude, con chocante motivo, por labios del Héroe manchego, según vamos á ver. Por el olfato, muy idealizado, guiase éste también al contender con el escudero, cuando el gran redomado le da cuenta de su entrevista con Dulcinea, la rústica y fregona, convertida, por el alucinado caballero, en señora bordadora de empresas, con oro de canutillo, para él. «Pero, no me negarás, dice Don Quijote, una cosa... Cuando llegaste junto á ella, ¿no sentiste un olor sabeo, una fragancia aromática y un no sé qué de bueno, que yo no acierto á darte nombre, digo un tufo ó tufo como si estuvieras en la tienda de un curioso guantero? — Lo que sé decir — contesta el implacable Sancho — es que sentí un olorcillo algo hombruno, y debía ser que ella con el mucho ejercicio estaba sudada y algo correosa. — No sería eso, respondió Don Quijote, sino que tú debías estar romadizado, ó te debiste de oler á tí mismo, porque yo sé bien lo que huele aquella rosa entre espinas, aquel lirio del campo, aquel ámbar desleído.»

El resto de la joyería, entre moriscos, se comprueba en las rosetas para el lóbulo nasal de las mujeres; collares con múltiples piedras ó placas, llevando cada una sentencias coránicas ó frases de célebres poetas; aretes filigranados; broches de penachos, y ajorcas: piezas, algunas, que una tiránica política prohibió, por ser integrantes del traje musulmán. Esas ajorcas, por ejemplo, las usa, con el nombre de carcajes, la argelina Zoraida que en el *Quijote*

figura; completando su indumentaria con perlas y brillantes, por valor de 10,000 doblas. Aparecen aún tales documentos, en varios de los tesoros que á lo mejor se descubren, análogos quizá al que el moro expulsado Ricote, — del libro de Cervantes, — viene á recobrar, disfrazado de mendigo, en el pueblo de Sancho, del cual era convecino.

Atierta ú ocultamente, burlando prohibiciones, usan, moriscos y cristianos viejos, hombres y mujeres, sendas cadenas de orfebrería, éstas á veces para sujetar el hocico de sus martas de abrigo; aquéllos para hacer alarde de riqueza, menos obvia en la bolsa cerrada, á la que socorren, con tales joyas, en trances apurados del juego ó carestía. De esas cadenas, no es raro ver colgar dijes amatorios ó recordatorios de viajes y empresas allende el mar ó los Pirineos. Como maravillas de esos dijes, pueden recordarse los labrados en cinco grandes esmeraldas, de valor, cien mil ducados, que Cortés trajo á España, y que la emperatriz Isabel, muy amiga de joyas, como buena portuguesa, en vano quiso merecer del afortunado conquistador. «Eran — según Gomara — cinco esmeraldas, entre otras que hubo de indios, finísimas, y que las apodaron en cien mil ducados. La una era labrada como una rosa, la otra como corneta, y otra un pece con ojos de oro, obra de indios maravillosa. Otra era una campanilla con una rica perla por badajo y guarnecida de oro, con leyenda castellana. La otra, en fin, era una tacica con el pie de oro, y con cuatro cadenas para tenerla, asidas á una perla larga por botón: tenía el bebedero de oro y la leyenda latina. Por esta sola pieza, que era la mayor, le daban unos genoveses, en la Rábida, cuarenta mil ducados, para revender al Gran Turco.»

Finalmente, la joyería indumentaria, se manifiesta completando lazos de sayas, jubones, coletes, ligas, calzado, sombrero ó chambergo; en agujetas, caballos ó herretes de los mismos, ó sueltos, y en largas agujas para el tocado de señora, como las que hoy vuelven á usarse, caeadas empero con gemas, cincelados ó filigranas. Una de esas agujas, sería la que, según cuenta la dama doña Rodríguez, al pedir enderezo de entuerros y protección para su hija, á Don Quijote; una de esas agujas sería, repito, la que introdujo por los lomos á su marido la respetable señora que con gran autoridad llevaba aquél á la grupa de su caballo: «que



ALFREDO VALENZUELA PUELMA

DISTINGUIDO PINTOR CHILENO



ENSUEÑOS. — Cuadro de VALENZUELA PUELMA.